

Quiero compartir con ustedes, algunas reflexiones en torno a lo que son en este momento mis preocupaciones más fundamentales, y después de haberlas desarrollado en términos generales quisiera intentar ver de qué manera la arquitectura o el quehacer de la institucionalidad arquitectónica encuentra su lugar o su responsabilidad en el contexto que voy a desarrollar.

Todos tenemos conciencia de que estamos en un mundo de transición que algunos pueden identificar como una megacrisis que no tiene precedentes históricos porque muchos de sus componentes son absolutamente nuevos. Han surgido preocupaciones nuevas que hace 20 años eran escasas, lo cual significa que hay una cantidad de temas y sub-temas que afectan a las distintas disciplinas, al quehacer académico y a las reflexiones humanas en general. Hay muchos temas candentes en discusión pero hay uno, que a mi juicio, está implícito y que para mí es el tema principal que debiera preocuparnos hoy.

Dentro de 3 o 4 días se inicia en Río de Janeiro la Conferencia Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, probablemente la conferencia más grande hasta la fecha. Pero en esa conferencia tampoco está explícito el tema que me interesa. El tema al que me refiero es la vida sin apellido, simplemente la vida. Hemos llegado a un punto en nuestro desenvolvimiento como seres humanos en que debemos reflexionar, analizar y adentrarnos profundamente en el concepto de vida y no solo en la vida nuestra, sino la vida como fenómeno. Quisiera por lo tanto partir con una reflexión fundamental sobre la vida y para eso comenzaré leyendo algunas frases que escribí hace poco: «La vida probablemente, es el resultado de un universo que a fin de tener significación, precisa descubrirse a sí mismo. Sin el universo no habría vida y sin la vida todo el desenvolvimiento cósmico carecería absolutamente de sentido».

Hoy contamos con crecientes evidencias científicas en el sentido de que esta especie de relación imagen/espejo entre vida y universo no es producto de la casualidad.

En relación al universo, si consideramos las veinte y pocas constantes físicas universales como: velocidad de la luz, la constante gravitacional, la constante masa-electrón, la constante de Plank, la constante de Bolzman, etc., se ha estimado

SOBRE EL SABER MUCHO Y EL COMPRENDER POCO

MANFRED MAX-NEEF

PREMIO NOBEL ALTERNATIVO DE ECONOMIA

...se construyen viviendas que reflejan una preocupación social y hay una actitud de diseñar dentro de recursos limitados, con el mejor diseño posible. Se toman decisiones de cuántos metros cuadrados debe tener una vivienda. Entonces enfrentamos una situación muy curiosa: se construyen hábitat para seres humanos que son construídos por seres humanos, pero pareciera que nadie se detiene a pensar ¿cómo percibe el ser humano?...

que la probabilidad para que se dé esa interrelación única entre esas constantes físicas universales, es una probabilidad del orden del 1 en 10 elevado a 200 (es 1 con 200 ceros). Más aún, un cambio infinitamente pequeño en el valor de esas constantes, podría significar el colapso del universo entero.

Lo dicho, en relación al universo, ahora en relación a la vida, sabemos que una célula viviente está compuesta por unos 20 aminoácidos que forman una especie de «cadena compacta» que dependen a su vez de unas 2000 enzimas específicas. Biólogos han calculado que la probabilidad de que se dé una combinación única de todos esos elementos para producir una célula

viva y a través de millones de años de evolución es de 1 en 10 elevado a 1000. Para remarcar estas magnitudes podría decir que algunos han estimado cuántos átomos habría en el universo entero, llegando a la conclusión que serían del orden de 10 elevado a 70, o sea muchísimo menor que estas magnitudes de probabilidad a que me acabo de referir.

Si tenemos en mente estas increíbles magnitudes probabilísticas y si recordamos la ley única del azar, del gran matemático francés Emil Borel, que dice que «lo muy improbable nunca ocurre», llegamos a la conclusión colosal de que nuestro ser es el producto de la infinita improbabilidad de ser, o para-

fraseando lo dicho: siendo imposible que seamos, sin embargo somos.

El hecho de que no hemos aprehendido la noción de que siendo parte de la vida somos parte del único milagro científicamente demostrable, debe preocuparnos profundamente. Y no sólo no hemos captado la idea, sino que dando la vida y todo lo que ella conlleva como por sentido, actuamos como si todo lo que destruimos y todo lo que depreciamos fuera mecánicamente reversible. La economía, que es mi disciplina, es en muchos aspectos un ejemplo perfecto de este absurdo comportamiento. Sin duda podríamos afirmar que como producto de la racionalidad actualmente dominante en el mundo, nuestra capacidad de destruir lo infinitamente improbable se ha convertido en una certeza.

A mi juicio, para esta etapa de nuestra historia humana ya resulta evidente que se precisa de una nueva racionalidad, y tal vez ni siquiera de esto, sino del descubrimiento de lo que nunca debió dejar de acompañar a la racionalidad: los sentimientos y la intuición, como elementos integrales para producir un comportamiento humano sano.

Hoy vivimos en un mundo en el que ocurren fenómenos extraños, por ejemplo recuerdo que Ortega y Gasset, el filósofo español, decía que cada generación, cada período histórico, tiene un tema, un tema que preocupa a esa generación. Yo diría que además, cada generación está dominada por un lenguaje, en muchos casos domesticada por ese lenguaje.

Evidentemente que en la Alta Edad Media el lenguaje dominante era un lenguaje de tipo teleológico y teológico. Las cosas que se hacían, lo que orientaba al comportamiento humano estaba profundamente ligado a un futuro más allá de la vida. Era así, ustedes como arquitectos lo saben, ya que no es concebible que se hubieran construído esas catedrales como producto de un llamado a licitación o de un estudio de costos y beneficios. Es decir, antes ocurrían cosas que hoy día no ocurren, porque eran otros los lenguajes que fueron dominando y domesticando a la humanidad. El siglo 19, por ejemplo, es el siglo de la construcción de los estados-nación y su lenguaje es coherente con eso: el lenguaje de los políticos, de los filósofos de la época, de los historiadores. Los discursos de Disraeli, de Bismark, no eran sobre el crecimiento del producto bruto,



sino que tienen que ver con la construcción del estado-nación, esa es la preocupación.

Nuestro siglo está dominado por el lenguaje economicista, en la segunda mitad, entendiendo el segundo como algo muy empobrecido en relación al primero.

Si hacemos un rápido recorrido de este siglo en términos del lenguaje, veremos que por ejemplo, a fines de la década del veinte y a comienzos del treinta ocurre la Gran Crisis Mundial. Es en ese período que surge el lenguaje de la macroeconomía Keynesiana.

El lenguaje que surge es producto de una crisis y tiene elementos para superarla; es lo que yo llamaría un lenguaje coherente con su desafío histórico.

El siguiente cambio de lenguaje, o sub-lenguaje, ocurre en la década del cincuenta. Es el momento en que surge el lenguaje del desarrollo. El lenguaje desarrollista domina las décadas del 50 y 60.

En esos años ocurren cosas importantes en nuestros países: movimientos revolucionarios significativos, cambio definitivo en la proporción demográfica entre lo rural y urbano, se desarrollan y profundizan los procesos estadísticos económicos. Donde no había Bancos Centrales se los crea y consolida, surge la CEPAL, se crea el Banco Interamericano de Desarrollo, el Instituto Latinoamericano de Alfabetización y una cantidad de otras instituciones regionales, sub-regionales y nacionales y se produce efectivamente una transformación profunda en nuestros países.

El lenguaje del desarrollo no es un lenguaje producto de una crisis, es producto del extraordinario entusiasmo generado por la espectacular reconstrucción económica de la Europa de la posguerra. Es un lenguaje alegre, optimista, los slogans de la época son: «El Gran Salto Adelante», «El Despegue hacia el Crecimiento Sostenido». Dadas las transformaciones significativas que logra, a veces muy positivas, es un lenguaje coherente con su desafío histórico.

Llegan las décadas del 70 y 80. Como hitos pondremos dos cosas: la Conferencia de Estocolmo sobre el medio ambiente que es la madre de la que comienza ahora en Río y que abre esta nueva y profunda preocupación central de la problemática mundial; y el otro evento, también ocurre en 1972, es la publicación por el Club de Roma de un informe que causa un impacto mundial, titulado «Los límites del creci-

miento». Hoy, 20 años después, yo soy miembro del Club de Roma y acabamos de publicar un último informe «Más Allá de los Límites», que todavía no está en español. Es un estudio que actualiza lo que 20 años atrás se había dicho y que demuestra cuánto de ello realmente se cumplió, cuánto incluso se sobrepasó y cuáles son las nuevas perspectivas.

Pero a pesar de esto, en estas dos décadas ocurre algo muy curioso, a pesar del surgimiento de la sistemática toma de conciencia de estos nuevos y graves problemas, este período no genera su propio lenguaje. Lo más grave, a mi juicio, es que hoy tenemos en esta especie de nueva crisis, un lenguaje dominante de visión economicista que se fundamenta en el continuado entusiasmo de la expansión económica y del crecimiento económico permanente, frente a una realidad creciente de colapsos sociales y ecológicos. Es decir, estamos viviendo una incoherencia entre lenguaje y realidad histórica, y esto también es un fenómeno nuevo. Esto es sumamente peligroso. Estamos viviendo un desatado entusiasmo, una glorificación de un sistema, que es el sistema neo-liberal, a tal grado que hay quienes, incluso, han propuesto que esto significa el fin de la historia, porque por fin

hemos llegado al sistema perfecto que dominará el resto de la existencia humana.

Efectivamente hemos sido testigos de hechos dramáticos en estos últimos tiempos: el colapso del otro sistema. Pero esto, en vez de ayudar a una profunda reflexión ha llevado a un supuesto atterradamente simplista: como el sistema A se derrumbó, entonces concluyo que el sistema "B" es óptimo. Pero este proceso de razonar es absurdo. Puede haber 25 sistemas que se derrumban, pero el que no se haya derrumbado uno, no significa que ese es perfecto. A lo que debiera inducir es no a una predicción, sino a una reflexión sobre lo que realmente ha ocurrido y hasta qué punto el sistema, que hasta el momento no tiene contraposición, es o no es realmente sustentable en un largo plazo. Eso es lo que hay que reflexionar.

Yo quisiera entregar a ustedes algunas informaciones que también tienen que ver con magnitudes, pero de otra naturaleza a las magnitudes que mencioné al comienzo, para que pongamos este sistema en su contexto.

En cada una de las últimas 4 décadas es cuando más se ha incrementado la pobreza y el hambre en el mundo, cuando más colapsos sociales y manifestaciones de des-

trucción de los tejidos sociales tenemos, a través del terrorismo, destrucción de la familia, crisis urbanas, etc., y colapsos de tipo ambiental, ecológico y de recursos.

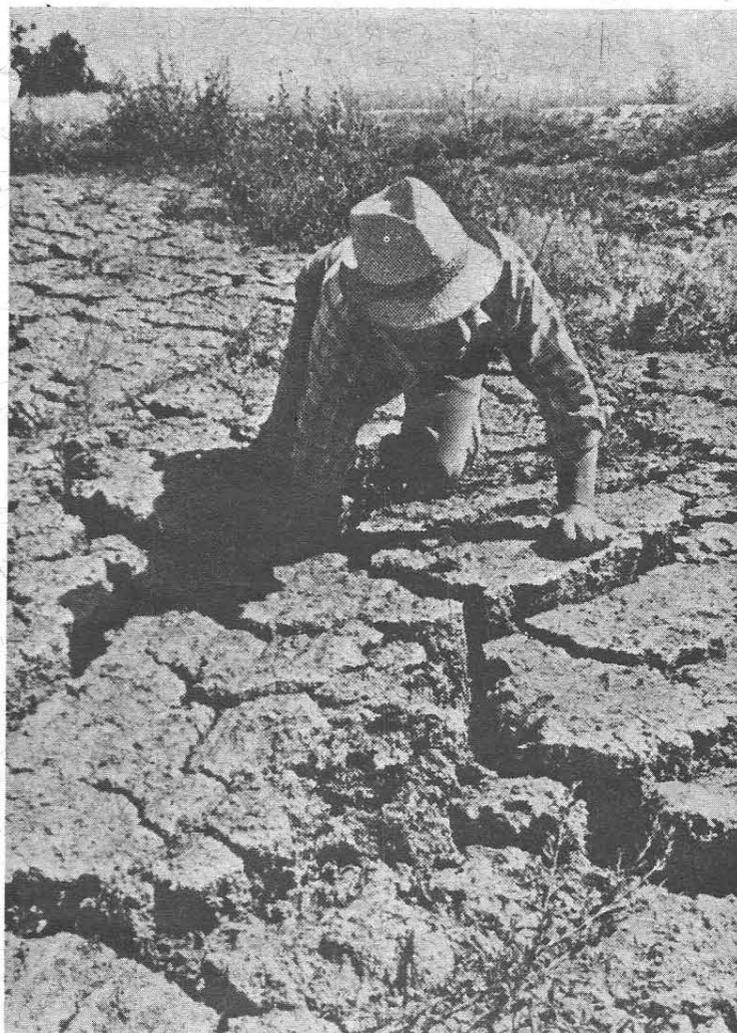
Si yo tomo estas dos cosas: nunca ha habido tanto crecimiento y por el otro lado, nunca ha habido tanta pobreza y tantos colapsos, significa que algo no funciona, que algo está fallando, no hay coherencia entre los dos procesos.

Puedo concluir que para resolver estos problemas: ¿debo hacerlo con más de lo mismo? y por último, si quisiera hacerlo así, es decir, continuar resolviendo exclusivamente a costa de lo que se llama crecimiento ¿será posible hacerlo? El trabajo de un equipo encabezado por el profesor Vitousek de la Universidad de Stanford, publicado en 1986, demuestra que si tomamos el mundo en su totalidad (ecosistemas terrestres y ecosistemas acuáticos) estamos consumiendo el 25% del producto de la fotosíntesis.

Repito: en este momento estamos consumiendo el 25% del producto neto de la fotosíntesis. Esto significa que lo más que podríamos hacer sería duplicar nuestra actividad productiva dos veces por capacidad fotosintética. Desde luego sería absurdo pretender vivir cuando usemos la capacidad 100% ya que por definición no sería posible, porque no quedaría espacio para nada más. Pero si tomamos en cuenta solamente los ecosistemas terrestres, estamos consumiendo el 40% del producto neto de la fotosíntesis. Ello permitiría como máximo una sola duplicación de nuestra actividad económica productiva.

Esto, sin embargo, es algo que no está tomado en cuenta en ninguna planificación, ni se utilizan los argumentos en los análisis económicos, lo cual significa continuar generando procesos cuyas consecuencias pueden ser desastrosas, pero quienes los generan quedan impunes, por ignorancia.

El economista y los políticos que generan procesos económicos hoy día pueden quedar impunes porque ignoran por completo las características del mundo físico y del mundo biológico dentro de los cuales se generan estos procesos económicos. Y esto es una prueba indiscutible de la urgente necesidad de lo que ustedes ya están intentando en esta Universidad, que es el esfuerzo transdisciplinario. En este momento es un riesgo profundo el continuar con una visión del mundo absolutamente fragmentada en que cada fragmento es una disciplina





que estudia una parte del mundo aislada de todo lo demás. Hoy es imprescindible transdisciplinarse, y esto, además por otra razón, por lo que hablaba del lenguaje: como seres humanos hemos generado lenguaje, somos animales de lenguaje, el cual utilizamos no solo para comunicarnos sino para describir y explicar procesos, eventos, circunstancias. El error que hemos cometido durante mucho tiempo, quizás, es el de suponer que describir más explicar, es igual a comprender. Y yo quisiera decir que el comprender es otra cosa. El describir y el explicar tienen que ver con el conocimiento, el cual es preocupación de la ciencia. El comprender no tiene que ver directamente con el conocimiento, es mucho más producto de un acto de iluminación y de sabiduría que una mera acumulación de datos y conocimientos. Es más, una revelación. Lo ilustro: supongamos que usted ha estudiado todo lo que se puede estudiar, desde un punto de vista sociológico, antropológico, psicológico, teológico y hasta químico sobre el fenómeno humano que se llama amor. Usted es experto en la materia, escribe libros, da clases sobre el amor, sabe todo lo que se puede saber sobre el amor pero nunca va a comprender el amor a menos que se enamore, eso no se puede estudiar. ¿Cuál es la diferencia entre saber y comprender? Yo solo puedo pretender comprender aquello de lo cual soy parte o de lo que me hago parte. No puedo comprender aquello de lo cual me separo, pues de ello sólo puedo acumular conoci-

mientos.

Sobre esto, quisiera decirles que estoy bastante convencido de que estamos viviendo un momento en el cual sabemos muchísimo, pero comprendemos muy poco. Si tenemos conciencia y evidencia de las problemáticas de este mundo, para ser capaces de enfrentarlas debemos hacer el esfuerzo de ser parte de este mundo y no mirarlo desde afuera. En el mundo del comprender no hay problemas, lo que hay son grandes transformaciones con las cuales se es coherente y se vive o se es incoherente y se colapsa. De ahí que me resulta aberrante todo el lenguaje que se refiere a resolver los problemas del medio ambiente. Conceptualmente no hay problemas del medio ambiente: nosotros somos parte integrante de una cosa que sufre procesos de transformación. No podemos salirnos, no es una suma de problemitas que hay que resolver, es un proceso de transformación integral. Necesitamos pues hacer un esfuerzo para desarrollar nuestra capacidad de comprender. Y si después somos capaces de combinar adecuadamente el saber con el comprender, creo que estaremos preparados para vivir en una situación más armónica, más rica y más sana.

Voy a ilustrar ahora cómo vería yo al arquitecto. Supongo al igual que en las demás disciplinas, el arquitecto ha acumulado muchos conocimientos. Por el hecho de que el arquitecto es generador, transformador, constructor de hábitat, que por definición es algo integral (allí hay materia, tecnología, vida, que

son elementos que se combinan) debería ser por naturaleza un miembro de una disciplina más capacitada para comprender lo que pasa en este mundo. A diferencia de, por ejemplo, un economista que diseña casi en abstracto procesos que van a generar situaciones y efectos, pero pareciera que también el arquitecto ha caído en una situación empobrecida. Por ejemplo, se construyen viviendas que reflejan una preocupación social y hay una actitud de diseñar dentro de recursos limitados, con el mejor diseño posible. Se toman decisiones de cuántos metros cuadrados debe tener una vivienda. Entonces enfrentamos una situación muy curiosa: se construyen hábitat para seres humanos que son construídos por seres humanos, pero pareciera que nadie se detiene a pensar ¿cómo percibe el ser humano? Entonces se plantean preguntas y decisiones cuantitativas muy parecidas a las del economista: ¿cuántos metros cuadrados mínimo para una familia? etc., y sobre eso hacen el mejor diseño posible. Se habla de espacio y de tiempo, elementos muy fundamentales para la vida del ser humano, ¿pero de qué tiempo y espacio hablamos?, ¿existe un solo tiempo?, ¿existe un solo espacio? ¿el tiempo se mide sólo cronológicamente? ¿todas las horas son iguales? ¿pero un minuto dura siempre un minuto?, ¿o todos los minutos son distintos minutos? Evidentemente vivimos en una diversidad temporal extraordinaria, dos minutos distintos no tienen la misma duración en ningún acto perceptual

del ser humano. El ser humano no vive en el tiempo cronológico sino que vive en un tiempo subjetivo. Obviamente, cinco minutos con dolor de muelas son mucho más largos que cinco minutos con el ser amado. La sensación de temporalidad está determinada por la cantidad de información que nuestro cerebro almacena sobre el evento que nos preocupa en ese momento y eso está variando permanentemente, ese es nuestro tiempo existencial. Es decir, el tiempo para nosotros es el conjunto de relaciones abstractas que relacionan el ser con el acontecer y eso es variable siempre. Pero, cuantitativistas como somos, negamos nuestra realidad existencial e insistimos en que el único tiempo verdadero es el cronológico. ¿Y con el espacio qué ocurre? el espacio es métrico. ¿este espacio de 10 metros es igual ese otro de 10 metros, o cada metro es distinto? Ocurre lo mismo que con el tiempo.

Acompáñenme imaginariamente en la aventura de construir una casa, ¿qué es lo que primero hago? llamo a un arquitecto y le explico cómo quiero la casa. Me hace un plano, yo lo miro y constato el tamaño de las habitaciones, pero cuando se han construído los cimientos me dá pánico al pararme adentro porque el espacio me parece muy chico. Cuando se levantan los muros lo siento más grande y al estar terminada, de nuevo se me achica el espacio. Con los muebles se agranda nuevamente. ¿Qué ocurre? la sensación espacial es producto de la información que mi cerebro almacena sobre ese espacio y eso está cambiando permanentemente.

Pregunto, ¿hay alguna lógica que personas de percepción distinta, de origen distinto, (un obrero, un campesino, un minero) que aspiran a una casa, reciban la misma cantidad de metros cuadrados, la misma distribución y se presuma que ahí tienen que arreglarse?

Yo creo que todo es en realidad responsabilidad compartida. ¿Cuál es la casa en que vale la pena vivir?: aquella en que hay integración entre el que la diseña y el que la va a habitar. Esa interacción permanente del actuar juntos es la que dará la mayor satisfacción.

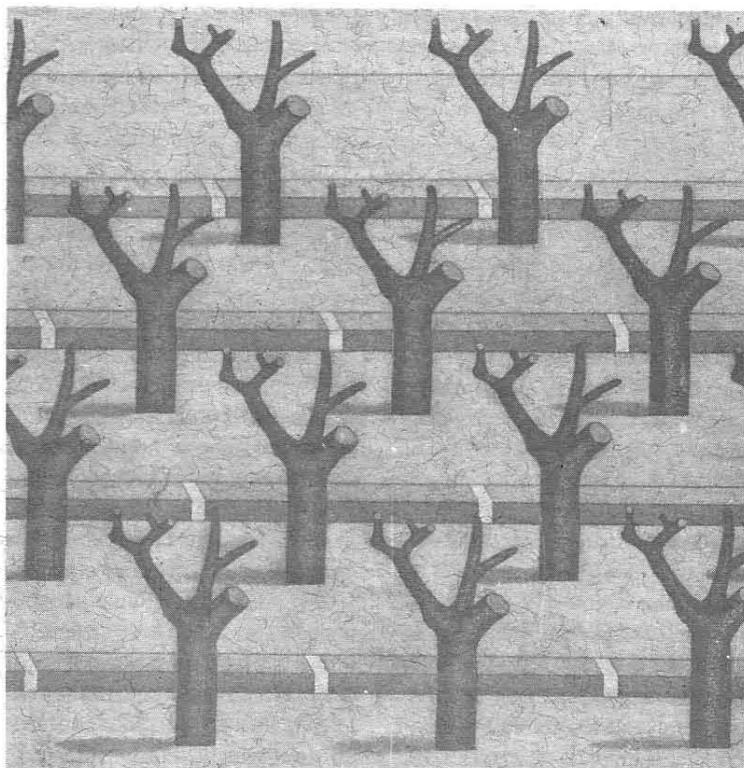
A mí me ha tocado ver en mis viajes experiencias con vivienda social. Sólo pocas son exitosas, porque en la mayoría hay quejas por la estandarización, pero en esas pocas que se logran, hay gente feliz en un medio simple y modesto. Son construcciones que pueden

parecer caóticas, donde se le dejó libertad a las personas para que hicieran lo que querían. Naturalmente que con el apoyo de los arquitectos, para que no se les vengán las casas abajo. Allí se ven casas altas, bajas, largas, anchas, etc., de una irregularidad absoluta, pero donde cada familia tuvo la posibilidad en un proceso de autoconstrucción participativa con los arquitectos, de diseñar la casa que quiso. Lo he visto en Europa, en Asia y en Brasil. En los lugares donde se permitió hacer esto, por ejemplo, a partir de las mismas favelas existentes, hay dos o tres casos muy exitosos que hoy son atractivos turísticos. Incluso en esas favelas se cobra entrada para que uno las visite.

Pero nosotros estamos tan domesticados que vivimos en una serie de temores y angustias muy grandes, tenemos miedo al desorden, a los espacios vacíos, al silencio, hemos llegado al extremo que en el teléfono después de decir «un momento» nos ponen una musiquita. ¿Por qué ocurre esto? Es una fragmentación del ser humano, que va más allá de lo que fue en su intención originaria, en la revolución científica, que ahora se ha transformado en un síntoma claro de un pánico de conocernos a nosotros mismos. ¿por qué? Porque ya tenemos soluciones dictadas. Entonces, ¿qué hacemos? Hacemos un mundo que tiene respuestas y no preguntas, que tiene pánico de descubrirse a sí mismo y no recurrimos a la única aventura que lleva a la posibilidad de comprender.

Suecia es un país que yo quiero mucho. Allí se han logrado cosas admirables. En este país se puso en marcha hace 2 años una iniciativa que se conoce como el «paso natural» que combina a políticos, científicos, intelectuales, artistas, obreros, empresarios en una acción común que ha llegado a cada hogar sueco. Consiste en un examen, desde cada casa, en miras a llegar a ser más coherentes con los problemas ecológicos y ambientales, y así generar para Suecia, un desarrollo sustentable. Esto ha contribuido en los últimos meses a lo que se llama el consenso de la comunidad científica sueca. Lo interesante es que ha motivado a la gente para participar. Se ha demostrado así que es posible que todos, no importa qué posición, qué religión, qué doctrina tengan, compartan temáticas que pueden y deben ser abordadas en conjunto.

El consenso de la comunidad cien-



tífica sueca dice lo siguiente: «Billones de años atrás, la tierra consistía en un desordenado guisado de compuestos inorgánicos tóxicos. La transformación de este guisado en la riqueza de depósitos minerales, aire respirable, agua, suelos, bosques, peces y vida animal proveyeron el hábitat del que la especie humana y su civilización pudieron emerger. Todo ello comenzó con la célula verde de las plantas. Esta admirable y portentosa célula tenía la habilidad de capturar excedentes de la energía solar, más allá de sus propias necesidades de mantenimiento y crecimiento. Esta habilidad la utilizaron a lo largo de billones de años para formar todos los compuestos complejos y concentrados de los que depende toda la vida y sus actividades. Los seres humanos permanecieron en equilibrio con la capacidad regenerativa de las células verdes hasta hace unos 100 años atrás. Fue entonces que nuestra tecnología nos permitió expandir nuestro dominio sobre el espacio ecológico, con tal velocidad y fuerza, que comenzamos a revertir el proceso evolutivo de la tierra transformando materia ordenada en basura molecular, con mayor rapidez que lo que las restantes células verdes eran capaces de reprocesar. Se trata de un acto de suicidio colectivo, irónicamente hemos escogido llamarlo desarrollo.

En años recientes nuestra tecnología ha llegado a ser tan avanzada que una consiguiente proporción de los desechos humanos consiste ahora en metales tóxicos y compuestos no naturales estables que

simplemente no pueden de ninguna manera ser procesados por las células verdes. Esa basura quedará aquí para siempre como monumento a nuestra maestría técnica y a nuestra ignorancia biológica. A ello también lo llamamos «desarrollo».

Pienso que el momento a que hemos llegado en nuestra evolución es tal, que podríamos exclamar junto al poeta argentino Juan Gelman « Hurra, por fin nadie es inocente!».

Creo que el máximo desafío que tiene la Universidad, una carrera o cualquiera disciplina por delante, es esa conciencia, primero, de que no se es inocente, luego de lo cual al descubrir en sí mismo la imposibilidad de ser inocente, transformarse en un ser creativo, entendiendo que sólo es creativo el que se embarca en la aventura de comprender, y para ésto voy a terminar mi reflexión con un consejo: Siempre que alguien está en crisis existencial,

le decimos que «lo que pasa es que tu tienes que tener las cosas claras, tienes que saber a donde vas». Es un catastrófico consejo. Me he dado cuenta que lo mejor es no tener las cosas tan claras. He constatado en mi vida que las personas que tienen totalmente claro a donde van, suelen ser las personas que nunca descubren nada, porque sólo, tienen dos obsesiones: el punto de partida y el punto de llegada, y todo lo que está entremedio es un obstáculo que hay que superar lo antes posible. Pero es precisamente en ese «obstáculo» que está toda la aventura de la vida, allí están todos los descubrimientos posibles.

Mi consejo: aprender a derivar, pero ¡en estado de alerta! Así se podrá percibir, descubrir todos los estímulos que nos pueden enriquecer y que nos pueden llevar al verdadero descubrimiento. Eso es la integración hacia el comprender profundo. El llegar al comprender no va en una línea recta. Es una aventura que sólo se puede vivir, con las antenas desplegadas. Sabiendo derivar de esa manera, podremos integrarnos por ejemplo, con estímulos que hemos dejado de lado por ser «imprácticos», no «científicos». Veremos que la única manera de no naufragar es volver a ser humano completo, no fragmentado, como hasta ahora lo hemos hecho.

No quiero que se lleven la impresión, por lo que he hablado, de que tengo una visión catastrófica, que todo se va a colapsar. Todo lo contrario, creo que estamos en el maravilloso momento en que todo está dado para el inicio de una fantástica aventura, que nos llevará a nuestro propio redescubrimiento y, a través de eso, a la integración con un mundo sano para nosotros y para los que van a venir.

Muchas Gracias...

